

derechos de propiedad de la persona son consideradas, por la gente educada y de elevados sentimientos, como restos bárbaros de bajas tendencias, deformadas por la vanidad, ambición, crueldad y pasión ciega. Se empieza a comprender que la condición principal de la fidelidad absoluta es la absoluta libertad, que la fusión completa, la completa y verdadera inteligencia entre dos amantes sólo puede nacer de la libertad. Cuando renunciemos a querer imponer a los demás nuestras ideas, costumbres y tendencias, cuando la constancia en el amor sea considerada como una dicha y no como un derecho, y su fin como una desgracia y no como una falta, entonces solamente existirá entre dos almas amantes aquel ambiente sereno y puro en donde ambas podrán moverse libremente y fundirse por completo.

La libertad no es obstáculo para la fidelidad. Esta, al ser impuesta por la ley y la Iglesia, fué ciertamente un medio educativo muy útil, pero en la actualidad es un medio que se vuelve contra su fin, porque ha despertado la idea de derechos que hacen olvidar el culto del amor, de exigencias que provocan rebeldías del alma y del cuerpo, y de temores que engendran y justifican deshonras e infinitas hipocresías entre ambos cónyuges y ante el mundo. Rotas las ligaduras del derecho, se vigorizará el sentimiento; faltando la obligación impuesta por la ley, vendrá del corazón la obligación de la fidelidad. Aunque los hombres estén fatalmente expuestos a engañarse acerca de sus propios sentimientos y los de la persona amada, aunque el tiempo transforme de tal manera a los hombres y a sus sentimientos, que de un matrimonio de amor puedan nacer situaciones que justifiquen las palabras de Nietzsche: «es mejor destrozar un matrimonio que ser destrozado por él», siempre la libertad será necesaria para la fidelidad, cuya experiencia nos debe enseñar todo su valor psicológico y moral.

Una serie de lazos fáciles de atar y desatar son mala preparación para la dicha del verdadero amor. La fidelidad espontánea es señal de nobleza de ánimo, porque demuestra la voluntad de concentrarse sobre el verdadero valor de la vida; y ésto se refiere a la fidelidad en amor como a cualquiera otra clase de fidelidad. El amor sólo es grande cuando es el culto de cada día y de cada

hora, cuando es un ennoblecimiento, una santificación constante de nuestra individualidad. Y entonces sus derechos llegan a vencer los derechos de uniones anteriores, precisamente porque este amor representa una fidelidad a la parte mejor de nosotros mismos. Pero cuando no tiene este carácter tampoco tiene aquellos derechos, y no pasa de ser un sentimiento insignificante aunque lo impulse y purifique una gran pasión. Los hijos de uniones fugaces resultan muchas veces tan incompletos como la pasión que les originó. «El verdadero amor—me escribía hace poco un joven médico—se agarra tan profundamente a nosotros, que al perderlo creemos haber perdido la mitad de nosotros mismos, aunque la naturaleza, protegiendo los derechos de la reproducción, nos permita amar más de una vez. Pero no es posible dudar acerca del ideal de la naturaleza. La raza que nacería, si los jóvenes de ambos sexos pudiesen unirse cuando se despierta en ellos el amor profundo, sería fuerte y sana y muy distinta de la nuestra. Pero cuando la juventud ama verdaderamente, casi nunca está en condiciones de casarse, y cuando puede hacerlo, ya no les impulsa al matrimonio aquel primer sentimiento ardiente y profundo, sino otra cosa distinta, siempre secundaria aunque no sea del todo artificial».

Una transformación radical de las leyes sociales y de las ideas personales acerca de las cosas que en la vida tienen realmente valor, en virtud de la cual los jóvenes de veinte a treinta años tuviesen siempre medios de fundar una familia y supiesen contentarse con una modesta medianía, sería condición principalísima para la creación de una generación mejor, cuyo altar fuese el hogar doméstico, y el amor su culto. Sólo entonces podríamos esperar que disminuyese la prostitución, la mayor de nuestras miserias, sólo entonces tendríamos el derecho de exigir a los jóvenes la castidad, primer paso para engendrar una prole sana y fuerte.

Tal como están las cosas, hoy en día se encuentran madres casadas cuya vida es profundamente inmoral, y madres altamente morales unidas al padre de sus hijos por un amor verdadero y que por razones de peso no pudieron efectuar su matrimonio, existiendo también no pocas mujeres que preferirían una maternidad solitaria.